



**Fiestas  
Patronales**

Septiembre, 2006

**MANZANARES**

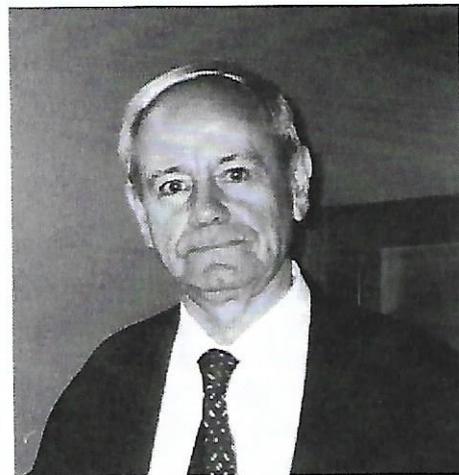
Ntro. Padre Jesús del Perdón

Excmo. Ayuntamiento Manzanares



# Pregón 2006

Angel Casado Marcos de León



Queridos Hermano Mayor, miembros de la Junta de Gobierno, hermanos y cofrades de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza; queridos sacerdotes y representantes del gobierno municipal; queridos paisanos, familiares, amigos y amigas de Manzanares:

Permitidme, en primer lugar, que exprese mi sincero agradecimiento a la Junta de Gobierno de la Hermandad por su amable invitación para hacerme cargo del pregón de este año; no por lo que tiene de reconocimiento personal, sino por el privilegio y el honor que supone para mí pregonar las Fiestas Patronales de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Un honor que se acrecienta al repasar los nombres de quienes me han precedido en esta tarea, de valía muy superior a la que yo pueda ofrecer, a muchos de los cuales me unen viejos lazos de amistad. Saberme distinguido para pronunciar este pregón, no por mis conocimientos o relumbramiento social, sino por razones de afecto y amistad, no hace sino reforzar los lazos entrañables que desde siempre me unen a Manzanares.

Mi más cordial agradecimiento, asimismo, a D<sup>a</sup> Irene Mayoral, mi distinguida antecesora, por sus cálidas y elogiosas palabras de presentación: el retoque se plantea es estar a la altura de las expectativas que pueda haber suscitado en quienes nos escuchan. Porque no se trata de hablar sobre temas de mi actividad profesional, sino de presentar las Fiestas Patronales de Manzanares, en mi pueblo, ante mis paisanos, familiares y amigos. Quisiera poder expresar la alegría y la emoción que siento en estos momentos; decir las cosas más maravillosas y extraordinarias..., pero no sé si sabré encontrar la palabra y el tono adecuados. Por eso he de empezar pidiendo disculpas de antemano, y confesar que sólo el cariño que tengo a Manzanares me ha llevado a embarcarme en esta aventura. No veáis, pues, en mis palabras la «lección» de un profesor de filosofía, sino una contribución sencilla y sincera al desarrollo de estas Fiestas, que busca realzar en todos nosotros el fervor hacia nuestro Santo Patrón.

Así, pues, sin más preámbulo, aquí van estas modestas reflexiones, hilvanadas en torno al acontecimiento que nos reúne este sábado de septiembre, cuando la luz pierde fuerza en la llanura manchega, siguiendo los últimos colores de la tarde.

\*\*\*\*

Pregonar equivale a publicar, hacer público o anticipar aquello que esperamos para conocimiento de todos. El

buen pregón, en nuestro caso, ha de prepararnos para vivir la experiencia religiosa que se avecina, adormecida tal vez en nuestro mundo secularizado y hedonista, pero presta también a reavivarse en cada hombre o mujer que alguna vez ha sentido sobre sí la mirada amorosa de Jesús del Perdón, como un arroyo fresco que busca claridades profundas. Y aquí, como diría «el principito», lo apropiado es «preparar el corazón», someterse a la «liturgia del encuentro», que es, no sólo mental o racional, sino sobre todo cordial: «una convergencia de corazones en un mismo objeto de amor», como sugiere Antonio Machado en su Juan de Mairena.

Comenzamos, pues, la andadura de las Fiestas Patronales de Manzanares, en las que historia y tradición se unen estrechamente a la fe y al fervor hacia Nuestro Padre Jesús del Perdón; unas Fiestas que cada año son motivo de gozo y seña de identidad para todos los habitantes de Manzanares, que estos días se ensancha con quienes vienen de fuera, para manifestar su cariño hacia nuestro Santo Patrón y participar en ese renovado encuentro con el pueblo que les vio nacer. Porque ambos términos, Jesús del Perdón y Manzanares, están entrelazados con tal fuerza y arraigo, que forman un todo indisoluble, envuelto en la trama que Dios teje en la vida de los pueblos.

Nada más natural, por tanto, que el nombre de Jesús del Perdón vaya unido en nuestra memoria colectiva a costumbres, fiestas y tradiciones hondamente arraigadas, evocando en cada uno de nosotros recuerdos entrañables que forman parte de nuestra historia personal, de ese «currículum íntimo», hecho de paisajes y de palabras, de amigos y de sueños. Ante nosotros, de forma increíblemente nítida, surgen esos pequeños lances y sucesos vividos años atrás; cosas «menudas» en las que apenas reparamos, pero que, bien mirado, son las que dan «humanidad», es decir, sentido, a nuestras vidas.

En ese contexto sentimental, hecho de memoria y de recuerdos, el pósito del pregón quiere ser una invitación cordial para recorrer juntos algunos de esos momentos o episodios, buscando en sus recodos y meandros los posos o resonancias que, a modo de sabia rica y fecunda, nos ayuden a clarificar el misterio del Perdón, ese algo

divino que anida en el hombre e inicia el camino de la auténtica fraternidad.

El primero de esos recuerdos nos habla de una tradición entrañable, que aprendimos desde niños y que todavía se conserva entre nosotros: «besar el pie a Jesús», cuando veíamos su figura agigantada ante nuestros ojos, con la pesada Cruz sobre el hombro dolorido, al alcance casi de nuestro abrazo; y más arriba, la frente ensangrentada, orlada por esa corona terrible, hecha de pétalos de olvido erizados de espinas. Nos dolía –nos duele– su cruz y su martirio, su pecho lastimado y su cintura rota; abrumados, confundidos ante esa escena de angustia y sufrimiento, quisiéramos, como en la saeta de Carlos Murciano, aliviar su dolor inmenso:

*«Las sienas llevas herías  
y agotaíto te veo  
de esa cruz de culpas mías.  
Quiero ser tu Ciríneo,  
Cristo de las Tres Caías»*

Algo en nuestro interior, sin embargo, nos dice que, en medio del sufrimiento, Jesús conserva la grandeza de su poder y divinidad; ¿de dónde, si no, el sentimiento de alivio y consuelo ante su mirada serena, llena de amor infinito, de comprensión y de perdón?; una mirada que tan bien recoge la hermosa imagen de Quintín de la Torre, para la que parecen escritos los versos de José M<sup>a</sup> Pemán:

*«¿Quién pudo de esa manera  
darte esta noble y severa  
majestad, llena de calma?  
¡No fue una mano, fue un alma  
la que talló la madera!*

\*\*\*\*

*Fue que, ese rostro, Señor,  
y esa ternura al tallarte,  
y esa expresión de dolor,  
más que milagros del arte,  
fueron milagros de amor.»*

(«Al Cristo de la Buena Muerte»)

La segunda experiencia enlaza con las Fiestas Patronales en honor de Jesús del Perdón; encierra un racimo de imágenes e impresiones vividas, casi reales, que muestran su hondo arraigo y tradición en nuestro pueblo: el traslado de la imagen de Jesús del Perdón desde la Ermita de la Veracruz a la Parroquia de la Asunción; el tradicional «novenario» en los días posteriores; la solemne Misa mayor en la mañana del 14 de septiembre... Y, por último, ya en la tarde-noche, uno de los momentos más esperados: la procesión de Nuestro Padre Jesús del Perdón recorriendo las calles de Manzanares, con el pueblo en respetuoso silencio, cargado de emoción.

La tradición aconseja situarse a la derecha del «paso», para ver mejor el rostro de Jesús; pero la recíproca también es cierta: que su enturbiada mirada se pose sobre nosotros, como reconociéndonos uno a uno, en un diálogo memorable, que libera de la culpa y reitera su perdón. El paisaje urbano de Manzanares, en la quietud

de la noche manchega, se transforma en un singular vía crucis de nombres familiares: Carmen, Monjas, Virgen de Gracia, Toledo, Virgen de la Paz... La imagen de Jesús del Perdón, abrazando el pesado madero de la Cruz, desfila lentamente ante nosotros. Pero el «paso» no va solo: es seguido por cientos de fieles de toda clase y condición, que caminan juntos, no para llegar, sino –en la hermosísima expresión popular– para «acompañar» a Jesús, para hacer el camino juntos...

Alguien podría alegar, acaso, que estos recuerdos y experiencias, que muchos de nosotros guardamos con especial cariño, no son más que nostalgia de lo ya sido, del tiempo que queda atrás; puede que tengan parte de razón, pero hay algo más: ahondar en nuestro pasado, decía Ortega y Gasset, es hacerlo sobre los cimientos en que descansa nuestro hoy, tomar conciencia, en suma, de quiénes somos; por eso, añadía, somos biografía, y no sólo biología. Cuando nuestra memoria –individual o colectiva– falla, cuando los recuerdos se apagan o somos incapaces de evocarlos, ya no somos nosotros: nos faltan puntos de apoyo en los que reconocernos, miradas del corazón que, retomando los pasos de nuestra vida, nos permitan saber de dónde venimos, para tomar conciencia de dónde estamos.

Y uno de esos puntos, para Manzanares y sus gentes, es sin duda Jesús del Perdón. No es casualidad, por tanto, que estos días, de forma especialmente intensa, todos nos sintamos «co-frades» –hermanos entre sí– de la Hermandad que hoy nos congrega, que lleva con orgullo, desde su nacimiento en 1690, el nombre de nuestro Venerado y Santo Patrón. Como tampoco lo es que, al decir Nuestro Padre, lo hagamos, no como un giro verbal o recurso retórico, sino con el convencimiento íntimo de que, en efecto, Jesús del Perdón es Padre Nuestro, de todos, que forma parte del patrimonio espiritual de todos los manzanareños.

\*\*\*\*

El arte y la tradición populares han creado una pléyade de imágenes y representaciones de Cristo. Entre todas ellas, la advocación de Jesús del Perdón, cuyo Patronazgo celebramos estos días, ocupa sin lugar a dudas un puesto preferente en el cariño y la devoción del pueblo de Manzanares. Tal circunstancia constituye para todos nosotros una vivencia y un reto: una vivencia, porque es parte del núcleo central de nuestra fe cristiana; y un reto, porque ha de ser ocasión de meditación que nos facilite su comprensión y acabe en compromiso. Entendido así este compromiso, podemos decir que en Jesús del Perdón se resume el mensaje de fraternidad radical, de redención del hombre en la tierra, cuya grandeza ha de ser necesariamente pregonada por todas las criaturas.

A principios de los años setenta, el Ayuntamiento de Salamanca publicó un estudio del profesor Luis Cortés sobre cincuenta medallones, de los que la ciudad del Tormes ofrece en plazas, palacios y conventos. Labrados en la dorada piedra salmantina, estos medallones, dice el autor, «bastan para encerrar, en sus círculos pétreos, todo

el problema de la humana condición». El libro se cierra con un medallón singular, situado en el Claustro del Convento de las MM. Dominicanas, que reproduce una miniatura similar del «Beato de Silos»: el Arcángel San Miguel pesando en una balanza los méritos y los yerros humanos que, al vencer con su carga uno de los platillos, sellarán nuestro definitivo destino; en la parte inferior derecha, el demonio intenta contrarrestar el peso de las obras buenas tirando de un platillo de la balanza. Pero la «trampa» tiene su compensación insuperable en el otro platillo: nada menos que la misericordia y el perdón divinos.

En efecto: frente al Antiguo Testamento y su Ley de Talión («ojo por ojo, diente por diente»), Jesús vincula justicia a misericordia; más aún, subordina la justicia a la caridad y al amor. Las ofensas recibidas deben perdonarse, porque el perdón forma parte del amor: es su signo inequívoco. Perdonar significa justamente que el amor queda restablecido: todo lo demás resulta secundario. El perdón divino, decía S. Juan Crisóstomo, es la manifestación más explícita de su amor por nosotros: «Nada nos asemeja tanto a Dios —escribe— como estar dispuestos al perdón».

Pero el perdón requiere fortaleza. No es fácil perdonar al que te hace mal, permanecer inmóvil ante los agravios recibidos. Hay que superar esa primera reacción humana, casi «instintiva»: que el ofensor pague la ofensa de su acción. Del mismo modo, los argumentos de Jesús en favor del perdón y el amor fraterno, chocan a veces en nosotros con el sentimiento «natural» de indignación ante el castigo infligido a un «inocente», a alguien que «pasó haciendo el bien» (Hechos). Así lo expresa uno de los coros de la «Pasión según San Mateo», de Juan Sebastián Bach (núm. 55):

*«¡Qué incomprensible  
es este castigo!  
El buen Pastor  
sufriendo por su rebaño;  
el Señor, el Justo,  
expiando las culpas  
de sus siervos»*

Muchos poetas y escritores han ahondado en ese sentimiento popular de indignación, profundamente asentado en la conciencia de las gentes. Todos recordamos, por ejemplo, «La pedrada», de José M<sup>a</sup> Gabriel y Galán, cuyos primeros versos recitábamos de niños:

*«Cuando pasa el nazareno  
de la túnica morada,  
con la frente ensangrentada,  
la mirada del Dios bueno  
y la soga al cuello echada...»*

El suceso que describe el poema, basado al parecer en hechos reales, es bien conocido: Un rapazuelo observa y siente silencioso la trágica escena: el sayón azotando a un Jesús indefenso y maniatado. Coge un guijarro y lo lanza contra la escultura, haciendo caer la cabezota de cartón. ¿Por qué lo ha hecho?

*«¡porque sí, porque le pegan  
sin haber ningún motivo!»*

*¡Sin haber ningún motivo!* Ahí está, creo yo, la clave que explica la reacción indignada del rapazuelo... y la justifica a nuestros ojos. Fuera de lo puramente anecdótico, la escena relatada nos ayuda a distinguir la doble vertiente, religiosa y secular, en que transcurre la vida del cristiano: dos ámbitos distintos pero entrelazados, que cobran todo su sentido cuando se implican mutuamente. El mandamiento del perdón, en efecto, no es algo cuya vigencia se limite al ámbito religioso, sino que se extiende necesariamente al contexto secular. De hecho, el mensaje del perdón es, implícitamente, un mensaje sobre el valor de todo hombre. Un mensaje, por tanto, alegre y liberador, sobre la base de que todos somos hermanos. No otro es el sentido del «mandamiento nuevo» de Jesús, aquel en el que le reconoceremos y nos reconocerá: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado».

El Dios cristiano, decimos, es el Dios del amor. Garcilaso de la Vega, poeta y guerrero, llama a Jesús, en un verso bellísimo, «sembrador de amores». ¡Sembrador de amores...! ¿Hay siembra más hermosa? ¿Cabe definir mejor la sublime tarea de amar y perdonar? Sin embargo, ¡es tan difícil vivir el amor con autenticidad...! Oímos la palabra, pero nos cuesta escucharla de verdad, es decir, ser coherentes con lo que afirmamos creer. Como apunta María Zambrano: «Aceptamos la creencia, pero se hace difícil revivir la vida en que la creencia era no fórmula cristalizada, sino viviente hálito...» (El hombre y lo divino). Se asemeja a esos montes lejanos que enmarcan nuestro horizonte: están ahí, sentimos su llamada, pero no vamos. Podríamos decir, con el poeta:

*«Me llamaste de lejos tantas veces  
sin que yo a tu llamada respondiera,  
sin que mi ciego corazón supiera  
de tanto amor como, al llamar, me ofreces»*

(Luis López Anglada)

\*\*\*\*

El paisaje manchego, como una inmensa alfombra extendida hasta el lejano azul de los montes, invita a mirar hacia arriba, gozar de crepúsculos increíbles, asimilar el fantástico idioma de las nubes... No hay nada como ese ansia de eternidad que inspiran los espacios abiertos, que incita a descubrir nuevos y ansiados horizontes. Ciertamente el contraste entre el cielo de nuestros anhelos y esperanzas, y el suelo de nuestras miserias y flaquezas, puede llevar al pesimismo y la desesperanza. Un hombre de mirar elevado, un manchego afincado en Salamanca, nuestro Fray Luis de León, lo expresa de forma admirable:

*«Morada de grandeza,  
templo de claridad y hermosura;  
mi alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?»*

(«Noche serena»)

También nosotros, desorientados y confundidos,

sentimos a veces el desconsuelo que marca el alejamiento de Dios, del que apenas percibimos el hueco de su vacío, la huella de su ausencia en nuestras albas y ocasos. Peregrinos en la vida, como los dos de Emaús, no debemos temer si abrimos nuestro corazón a Jesús del Perdón y le pedimos que nos lleve en el suave surco de su nave, rotas para siempre las cadenas del odio y del rencor. El creyente tiende hacia Él su mirada: restos de sudor y sangre envuelven como sierpes trepadoras su divina cabeza. Todo parece concluido. Ha caído una y otra vez..., pero no se detiene, avanza decidido hacia el Calvario, para cumplir lo escrito y anunciado por los profetas: Porque no está la cosa en caer, sino en cómo nos levantamos.

A la postre de este abanico de dolores y gozos, queda en pie, rutilante y prometedor, el gran anuncio a pregonar en estas Fiestas Patronales y para siempre: la promesa de amor y de esperanza de Jesús del Perdón; una promesa en la que nos ofrece su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza», como Juan Pablo II recordaba en su mensaje póstumo

\*\*\*\*

Queridos paisanos y amigos de Manzanares: Llega el momento de terminar y quisiera hacerlo con una petición a María Santísima de la Esperanza, Madre de Jesús y Madre nuestra: que el aliento de su Hijo, de Jesús del Perdón, llegue a todos y cada uno de nosotros: cofrades,

hermanos, convecinos, amigos... Que Él haga que nuestro egoísmo ceda ante la solidaridad fraterna; que sin vanidad, con valor, sepamos hacer nuestro su ejemplo de entrega y generosidad.

Dispongámonos, pues, a celebrar con alegría y regocijo las Fiestas Patronales, «nuestras» Fiestas, para las que se ha preparado un amplio y cuidado programa de actos religiosos y culturales; pero hagámoslo, no desde fuera, como quien asiste sin más a un espectáculo o exhibición, sino desde dentro, sabiendo distinguir, como diría Machado, las voces de los ecos...; tratando de ser, de alguna forma, «co-frades» -es decir, hermanos entre sí-, no sólo en las celebraciones y desfiles procesionales, sino en nuestro vivir cotidiano.

Quiero reiterar mi saludo y felicitación más cordial en estas Fiestas Patronales a todo el pueblo de Manzanares: a la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza, a su Junta de Gobierno y a todos los hermanos, amigos y vecinos de nuestra ciudad.

Miremos con el corazón a Jesús del Perdón, el Señor del Amor sin tregua ni medida. Él nos da ánimo para seguir adelante; nos cogemos de su mano para decirle, como ahora en mi nombre y el vuestro: ¡...venga a nosotros tu reinado de paz y de amor!

Muchas gracias a todos y ¡Felices Fiestas!